



## XI

### La gran victoria

DESPUÉS de la retreta, observé como aquel viejo, con la cabeza aun desnuda y las manos atadas, tembloteaba atado á la silla de un cosaco y miraba entorno suyo con la misma expresión indiferente. Era preciso retenerlo para el canje de prisioneros.

Subí á la plaza y me senté junto al capitán.

—Me parece que los enemigos no eran muy numerosos,—dije con el propósito de conocer su opinión sobre el asunto.

—Los enemigos!—exclamó extrañado.—Pero, si no los hay! A esos llaman enemigos?... Ah! ya veréis esta tarde cuando nos vayamos, como todos nos acompañan y salen á despedirnos,—añadió designando con la pipa los bosques que habíamos atravesado aquella misma mañana.

—Qué ocurre allá abajo?—pregunté con curiosidad interrumpiendo al capitán y señalándole un grupo de cosacos que no lejos de nosotros formaban círculo entorno de alguna cosa.

Desde donde estábamos nosotros se oían gritos parecidos al sollozo de un niño y las palabras:

—Eh! no pegues... Espera... Van á descubrirnos... Tienes un cuchillo? Evstigneitch, dame un cuchillo!

—Se reparten algo esos bandidos,—dijo tranquilamente el capitán.

Pero en el mismo momento, con la cara llena de espanto, se presentó el guapo sub-teniente que nos había saludado por la mañana y moviendo desafortadamente las manos se lanzó entre los cosacos.

—No le toquéis! No le peguéis!—gritaba con su voz infantil.

Al oír la voz del oficial, los cosacos escaparon dejando caer de sus manos un cabritillo blanco. El joven sub-teniente, emocionado, balbuceó algunas palabras y todo confuso se quedó inmóvil ante el animalito.

Al vernos al capitán y á mí, aumentó su rabia y, corriendo hacia nosotros, nos dijo con voz entrecortada:

—Cref que mataban á un chiquillo,—y se sonrió tímidamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

34873



## XII

### En marcha otra vez

EL general marchó delante con la caballería. El batallón con el cual había yo dejado la fortaleza de N... quedaba á retaguardia. Las compañías del capitán Khalopov y del teniente Rosenkrantz se pusieron juntas.

La predicción del capitán fué confirmada. Apenas habíamos entrado en los estrechos senderos del bosque que él me había indicado, cuando de todas partes salieron montañeses á pie ó á caballo y se situaron tan cerca de nosotros que distinguíamos perfectamente como algunos de ellos, encorvados y con el fusil á la espalda, corrían de un árbol á otro.

El capitán se descubrió y devotamente hizo la señal de la cruz. Algunos soldados viejos le imitaron. Por el bosque se oían aullidos y gritos de: «Eh! á los rusos! Que están ahí, corramos!» Los tiros secos, sordos, de fusil, se sucedían y las balas silbaban por todos lados. Los nuestros contestaban, en silencio, con un fuego alternado. En las filas más cercanas sólo se oía de vez en cuando alguna reflexión de este género: «Desde dónde tiran *ellos?* (1). Tienen ventaja de que se ocultan en el bosque...» etc.

Los cañones se pusieron en línea, y tras algunos cañonazos, el

(1) *Ellos* es la palabra generalmente empleada por los soldados del Cáucaso para designar al enemigo. —N. del A.

enemigo pareció alejarse, sin perjuicio de que momentos después y á cada paso que avanzaban las tropas, los disparos de fusil, los gritos y las exclamaciones aumentasen hasta el más alto grado.

Estábamos ya á la distancia de unas trescientas *sagenas* del pueblo, cuando comenzaron á volar sobre nosotros los proyectiles enemigos. Ví como un soldado caía muerto por una granada... Pero, á qué pintar al detalle este horrible cuadro, cuando yo mismo pagaría su olvido á cualquier precio?

El teniente Rosenkrantz disparaba su fusil sin descansar un momento. Con voz ronca estimulaba á los soldados, corriendo de un lado á otro de las filas. Estaba pálido y esto daba más vigorosa expresión á su rostro sudoroso.

El guapo sub-teniente estaba encantador. Sus hermosos ojos negros brillaban de ira; la boca marcaba una ligera sonrisa y se aproximaba sin cesar al capitán, pidiéndole con impaciencia permiso para atacar á la bayoneta.

—Los rechazaremos!—decía al capitán con pleno convencimiento.—Los rechazaremos!

—No hace falta,—respondía tranquilamente el capitán.—Debemos retirarnos...



### XIII

#### Cómo no tener miedo?

LA compañía que mandaba el capitán ocupaba la orilla del bosque, y á largos intervalos hacía fuego contra el enemigo. Vestido con la vieja guerrera y el gorro apabullado sujetaba las riendas del pequeño caballo blanco, y con las piernas cruzadas permanecía inmóvil y silencioso. Los soldados conocían tan bien su obligación que para nada necesitaban órdenes. Algunas veces levantaba la voz para reñir á los que volvían atrás la cabeza. El aspecto del capitán era poco arrogante; pero denotaba tanta franqueza y sencillez que me impresionó sobremanera. He ahí «en qué consiste el verdadero valor»,—pensé bien á pesar mío.

Estaba *como le había conocido siempre*: los mismos movimientos tranquilos, la misma voz igual, la misma franca expresión atrevida y tosca. Era en su mirada donde únicamente se podía advertir la atención que un hombre sensato dedica á sus cosas.

No eran todos *exactamente como siempre*, pues, muchas alternativas había observado en los demás. El uno quiere aparentar mayor serenidad que de costumbre, el otro desea estar más severo, un tercero más alegre que de ordinario. Sin embargo, en la misma cara del capitán se veía que él mismo no podía darse cuenta de por qué había de aparentar lo que no era.

El francés que dijo en Waterloo: *La guardia perece, pero no*

*se rinde*, y los demás, héroes franceses en su mayoría, que hicieron frases igualmente famosas, en efecto eran valientes y esas frases reflejan su estado de ánimo en medio de la lucha; pero entre el valor de aquellos y el del capitán hay, á mi juicio, una gran diferencia: que aún suponiendo que estas palabras surgieran en la mente del capitán, él no las pronunciaría. Primero, porque al emitir tan sublimes pensamientos temería disminuir la sublimidad de su acto; y segundo, porque cuando el hombre siente en sí la necesidad de ejecutar una gran acción, no necesita de palabras. Para mí es un rasgo particular muy notable del pueblo ruso. Y qué pesar no inundará nuestro corazón de rusos, cuando oímos en boca de los militares jóvenes frases banales con que pretenden recordar la antigua caballería francesa?

De improviso y por el lado donde se encontraba el guapo subteniente con su sección, oyóse en voz no muy fuerte un *hurra!* de entusiasmo. Volvíme hacia el sitio de donde había salido el grito y ví como unos treinta soldados que, con el fusil en la mano y la mochila en la espalda, corrían con gran dificultad por entre los húmedos campos. Resistía el enemigo, pero ellos sin embargo avanzaban y gritaban... Delante de todos galopaba el joven oficial sable en mano.

Todos desaparecieron en el bosque.

Al cabo de algunos minutos, ayes profundos, mezclados con el ruido de las detonaciones y temblores de la tierra, hirieron mis oídos. Un caballo desbocado huía á través del bosque, arrastrando al caído jinete, y por la orilla del camino pasaban soldados que conducían muertos y heridos. Entre estos últimos se hallaba el joven sub-teniente. Dos soldados le sostenían por los brazos. Estaba blanco como la espuma y su hermosa cabecita, que ya no reflejaba ningún destello del espíritu belicoso que le animaba momentos antes, hundíase entre los hombros y se inclinaba hacia el pecho. Bajo el chaleco desabrochado se distinguía sobre su camisa blanca una pequeña mancha de sangre.

—Ah! Qué desgracia!—dije, volviendo la espalda inconscientemente á semejante cuadro.

—En verdad que da lástima!—dijo un viejo soldado que, con aire sombrío, apoyado en su fusil, se hallaba á mi lado.—No tenía miedo de nada! Cómo era posible?...—añadió, dirigiendo la mirada al sub-teniente herido.—Fué muy tonto y ahora lo paga.

—Y tú, tienes miedo?—le pregunté.

—Cómo no tenerlo?



## XIV

### La muerte de un valiente

CUATRO soldados se llevaban al sub-teniente en una camilla. Tras ellos otro soldado conducía un caballo flacucho y enfermo que llevaba el botiquín. Oíase la voz del doctor y de los compañeros que reanimaban y trataban de consolar al herido.

—Amigo Olenín, no bailaremos mañana al són de las cucharas,—dijo sonriendo el teniente Rosenkrantz.

Suponía sin duda que sus palabras animarían al guapo sub-teniente; pero en la expresión fría y triste de la mirada de este último podía comprenderse que no producían el efecto apetecido.

También se aproximó el capitán al lecho del herido. Miróle fijamente, y su cara, siempre indiferente y fría, expresaba en aquellos momentos verdadera compasión.

—Qué tal, Anatoli Ivanitch?—le dijo con voz tierna y llena de una piedad que yo no esperaba.—He aquí la voluntad de Dios!

El herido volvió la cabeza y su rostro pálido se animó con una triste sonrisa.

—Sí, no os hice caso!

—Decid mejor que Dios lo ha querido,—repetía el capitán.

El médico tomó los instrumentos que le había preparado el practicante, y arreglando las vendas, sondas y otros aparatos recogióse las mangas de la camisa, y, pretendiendo animar al enfermo con una sonrisa:

—También á vos os han hecho un agujero donde no lo teníais,—dijo con voz alegre y en tono de guasa.—Vamos á ver qué es eso.

El sub-teniente obedeció; pero la mirada que dirigió al alegre doctor, expresaba una extrañeza y un reproche que aquél no advirtió.

Comenzaron á sondar la herida; el doctor la examinó por todos lados; pero el joven, que ya perdía la paciencia, rechazó la mano del médico, dejando escapar un sordo gemido....

—Dejadme,—dijo con voz entrecortada;—de todos modos me he de morir!

Al pronunciar estas palabras dejó caer la cabeza sobre la almohada, y cinco minutos después, cuando al aproximarme al grupo que se formaba entorno suyo pregunté á un soldado: «Cómo está el sub-teniente?», me contestaron: «Ha muerto!»



## XV

### Nuestro regreso y la llegada de la noche

ERA ya tarde cuando el destacamento en masa, formado en gran columna, se aproximaba cantando á la fortaleza. El sol se ocultaba tras la cadena de montañas cubiertas de nieve y lanzaba



sus últimos y rojizos rayos sobre las nubes alargadas y estrechas que parecían detener su curso sobre un horizonte claro y transparente.

Las montañas cubiertas de nieve comenzaban á desaparecer tras una niebla de color violeta, dibujándose su cúspide con claridad transparente sobre la luz purpúrea del sol al ponerse. La luna, que con extraordinaria coquetería mostraba su cara de alegre trasnochadora, pintábase de blanco en el cielo azul oscuro. El verdor de la hierba y de los árboles se oscurecía al cubrirse de

rocío. Las tropas avanzaban en compacta y oscura masa marchando por entre los magníficos campos. De todos lados se oían los ata-

bales, tambores y clarines, y los alegres cánticos de los soldados. La voz del jefe de coros de la sexta compañía vibraba con toda su fuerza en sus notas altas de tenor, llenas de sentimiento y vigorosas, para perderse melancólicas en el aire transparente de la noche.